

Herta Müller:

Del susurro del ángel a los nombres del horror

Sandra Lorenzano

“Yo quería mencionarlos a todos por su nombre”, dice Ana Ajmátova en el poema “Réquiem”. Escrito como homenaje a las víctimas de la violencia del Estado en la Rusia de Stalin, en él están su marido que murió fusilado, el hijo encarcelado en Siberia, los amigos muertos en los campos de concentración y su propio dolor. Del silencio a la denuncia, Ajmátova (apellido que recupera el de su abuela tártara, ya que su padre le prohibió publicar versos con el nombre de la familia), sabe que es necesario nombrar a aquellos que han sido despojados de su identidad para recordarlos, para volver a darles un rostro, para restituirles la humanidad que han pretendido arrebatarles. “Y les daré un nombre eterno”, dice Isaías, y Claude Lanzmann inicia con esa frase su película *Shoa*, quizás el filme más importante que se ha hecho sobre este tema. Ana Ajmátova escribe para mencionarlos a todos, para reconocer cada nombre secreto —ése que un ángel nos susurra al oído en el momento de nacer—, cada nombre eterno: el de su hijo, el de su compañero, el de Osip Mandelstam —“Quién sabe al decir esa palabra —*adiós*— cuánta separación nos aguarda”—, había escrito el poeta ruso.

Candidata a un Premio Nobel que jamás recibió, se negó a quedarse callada a pesar de las amenazas, a pesar de los muertos queridos. Y hoy se me cruzan su imagen y sus palabras mientras leo a Herta Müller, ella sí re-

cientemente premiada. “...mencionarlos a todos...”. Alguien me comentaba que lo que le había resultado más fuerte, o quizá más incómodo, del monumento construido en Berlín a las víctimas judías del nazismo (monumento que tanta polémica generó: por el costo, por el concepto, por el uso de una pintura antigrafiti fabricada por la misma empresa que hacía el Zyklon B, con el que se asesinaba en las cámaras de gas) era justamente la ausencia de nombres. No hay nombres ni huella de los cuerpos: todo es brutalmente aséptico. Nombrar es reconocer al otro, es darle carne, piel, existencia. El primer gesto de cualquier autoritarismo es borrar el nombre propio de la víctima, buscando así la despersonalización que la convierte en un número más, en una pieza del engranaje. El mecanismo continúa incluso después de la muerte: fosas comunes, tumbas NN, cuerpos convertidos en humo, como decía Paul Celan. Nombrar es un modo de recuperar los restos, de darles sepultura. Nombrar es resistencia y memoria.

¿A quién nombra Herta Müller? La suya es la voz de una minoría; los alemanes en Rumania. Es también la de quienes vivieron oprimidos por el régimen de Nicolai Ceausescu. Cuentan que su obra *En tierras bajas* fue censurada por el gobierno rumano; entre otras cosas “borraron” (como se borran los nombres, como se borran los cuerpos) todas las palabras vinculadas con viajes

(maletas, trenes, etcétera), para “evitar que el pueblo sea inducido a dejar su patria” (*sic*). A través de las imágenes descarnadas que relata una niña sobre la vida campesina de una comunidad suaba, la autora construye un fresco brutal de la realidad de su gente. La violencia dentro del hogar, la suciedad, los engaños, la falta de afecto y de solidaridad. Finalmente el objetivo último del autoritarismo es la destrucción del individuo; quitarle los recuerdos, la voluntad, el deseo. Queda el miedo. Después: sólo la dureza del que ha perdido lo esencial y a veces ni siquiera es consciente de ello.

También Paul Celan perteneció a la minoría germanoparlante de Rumania. Pero Paul Celan era judío, y su ser judío —su identidad cultural, pero sobre todo su identidad como víctima de la violencia nazi— marcó su vida, su poesía y, sin duda, su muerte desde el puente Mirabeau, el 20 de abril de 1970.

“Accesible, próxima y no perdida permaneció, en medio de todas las pérdidas, sólo una cosa: la lengua. Sí, la lengua no se perdió a pesar de todo. Pero tuvo que pasar entonces a través de la propia falta de respuesta, a través de un terrible enmudecimiento...”, dijo el poeta al recibir el Premio de Literatura de Bremen en 1958.

Herta Müller, como Celan, escribe en el alemán de su comunidad, pero ella proviene de una familia católica, y de una minoría que combatió con el ejército de Hitler. ¿Es la suya también una lengua atravesada por el horror y la mudez?

La escena inicial de *En tierras bajas*, aquella con la que abre el libro, presenta un tren humeante a punto de partir, con un personaje tras la ventanilla y los parientes que desde abajo agitan el brazo en señal de despedida. Pero se trata de una imagen que aparece en la televisión; en la habitación de al lado la “realidad” es otra: un hombre yace en un ataúd. Las primeras líneas, entonces, remiten al distanciamiento, a realidades ajenas, ¿a deseos? Viajes imposibles bajo un régimen donde sólo se podía salir del país con un permiso especial. De la despedida de los viajeros en la pantalla a la despedida que la niña hace de su propio padre muerto. Algunas fotos lo rodean: él mismo siendo un bebé, él en traje de novio, o manejando un camión, o trabajando en el campo. El cuerpo acostado en medio de la habitación parece otra pose congelada. Sin embargo, ni las imágenes familiares, ni siquiera la muerte, liberan del pasado. La memoria es implacable y la hija aprende que las escenas que parecen haber marcado una vida son falsas: la única escena verdadera es aquella que remite a la guerra.

Tu padre tiene muchos muertos en la conciencia, dijo uno de los hombrecillos borrachos.

Yo le dije: estuvo en la guerra. Por cada veinticinco muertos le daban una condecoración. Trajo a casa varias medallas.

Violó a una mujer en un campo de nabos. (...) Cuando nos fuimos, la mujer sangraba. Era una rusa.¹

El padre de Herta Müller fue miembro de las ss. Su madre fue deportada a la Unión Soviética después del fin de la Segunda Guerra, y de una u otra manera el tema aparece siempre en sus obras. En su novela más reciente —*Atemschaukel* (“Columpio de la respiración”), galardonada con el Premio Franz Werfel de Derechos Humanos— es el centro del relato. La propia Müller vivió la opresión del régimen rumano y terminó exiliándose en Berlín. La política y sus consecuencias en la vida cotidiana son más que el marco anecdótico de su obra: son la marca con la cual sus personajes están condenados a vivir. Como un pesado fardo —como los sacos de harina que el protagonista de *El hombre es un gran faisán en el mundo*² entrega cada noche al alcalde del pueblo para poder conseguir el pasaporte que le permitirá salir de Rumania—, como una joroba que será parte del propio cuerpo por el resto de la vida, nadie podrá moverse sin su memoria a cuestas. Memoria que hará de la violencia la esencia misma del lenguaje. Es la suya, por ello, una prosa punzante, aguda, tajante. “Yo quería mencionarlos a todos...”.

Un nuevo cruce de imágenes y palabras me lleva ahora de Ajmátova y Müller a uno de los libros más políticos escritos por W.G. Sebald; me refiero a *Sobre la historia natural de la destrucción*. Si a consecuencia de los bombardeos de los aliados durante la guerra murieron más de seiscientos mil civiles alemanes, y siete millones y medio quedaron sin hogar, ¿por qué este tema ocupa tan poco espacio en la memoria cultural de Alemania?, se pregunta este excepcional escritor que también trabajara su lengua como una lengua minoritaria.

Mencionarlos a todos: a las víctimas, a las víctimas de las víctimas, a las toneladas de escombros, a los cuerpos torturados, a las palabras calcinadas, a los que callaron por rencor, a los que callaron por vergüenza o por soberbia. Restituirles el nombre, más allá del secreto, del tabú, del odio hacia el *otro* más cercano.

Sin lugar para la compasión, desde el más sombrío territorio de la memoria, Herta Müller les da un nombre: el nombre del horror.

¹ Herta Müller, *En tierras bajas*, Ediciones Siruela, Madrid, 1990, p.13.

² Herta Müller, *El hombre es un gran faisán en el mundo*, Ediciones Siruela, Madrid, 1992.

Algunos fragmentos de esta nota fueron publicados en el periódico *El Universal* el 25 de octubre de 2009. Sandra Lorenzano es escritora, miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Su libro más reciente es *Saudades* publicado por el Fondo de Cultura Económica. Se desempeña como Vice-rectora Académica de la Universidad del Claustro de Sor Juana.